



## ACTO SEPTIMO

Un aposento en la taberna de Pedro Bourgues. Puerta al foro. Mesa y sillas en primer término izquierda

### ESCENA PRIMERA

LANDRY junto a la mesa bebiendo

LAND. Doce marcos de oro, que hacen, si no me engaño, seiscientos diez y ocho libras tornesas. Si el capitán me cumple su palabra y me da esta cantidad, a cambio de esa cajita por la cual yo no daría seis sueldos, será cosa de pensar algo en su recomendación, y puede que me decida a ser hombre de bien. Si, sí, levantaré una partida y mientras desbalijo lo que se presente mi gente vivirá sobre el país. Es una gran vida, en la cual de nada se carece. Calle aquí está el capitán.

### ESCENA II

LANDRY y BURIDAN

BUR. Vec que eres puntual.  
LAND. Os aguardaba ya.  
BUR. ¿Y bebiendo?  
LAND. No conozco compañía mejor que la del vino.  
BUR. Pues hay otra, y es ésta: (Sacando una bolsa) el dinero con que se compra.  
LAND. Aquí tenéis vuestra caja.  
BUR. Y aquí lo ofrecido. (Dándole la bolsa.)  
LAND. Gracias.  
BUR. Ahora márchate por un momento, pues he citado a un joven aquí mismo y he obse-

LAND. vado que me seguía. En cuanto se marche sube otra vez, porque he de hablarte.  
BUR. Sin duda es el que sube echando los bofes por la escalera.  
GUAL. Déjame con él.  
LAND. ¿El capitán Buridán? (Al foro.)  
Vedle, aquí está. (Vase.)

### ESCENA III

BURIDAN y GUALTERO

BUR. Yo creía que no os era desconocido mi nuevo título y mi nombre, señor Gualtero d'Aulnay; para que no os equivoquéis, sabed que desde esta mañana me llamo Leoncio Bournonville, y soy el primer ministro de Francia.  
GUAL. Poco me importan vuestro nombre ni vuestro título. Yo no veo en vos otra cosa que un hombre, al cual otro hombre viene a reclamarle el cumplimiento de una promesa. Decidme si estáis dispuesto a cumplirla.  
BUR. Os prometí daros a conocer el nombre del asesino de vuestro hermano.  
GUAL. No es esto. Me prometiste otra cosa también.  
BUR. Prometí también daros la razón por la cual Enguerrand de Marigny pasó en un día del Louvre a Mot-Faucon.  
GUAL. Tampoco es eso; delincuente o no, Dios se encargará de juzgarle. Es otra cosa lo que me prometiste.  
BUR. ¿Acaso deseáis saber por qué motivo es hoy primer ministro el hombre a quien ayer redujiste a prisión?  
GUAL. Tampoco me importa que Dios o el demonio os den los medios para encumbraros. Secretos tal vez terribles son esos que no quiero profundizar. Mi hermano ha muerto, Dios le vengará! Marigny ha sido ajusticiado, Dios le juzgará. Vos sois primer mi-

- histro, poco me importa tampoco. Es otra cosa lo que me prometisteis.
- BUR. No comprendo. Hablad.
- GUAL. Me prometisteis que vería a Margarita.
- BUR. Así, el amor que sentís por esta mujer ahoga en vos todos los demás sentimientos! El cariño fraternal no es más que una palabra, y las intrigas de la corte sólo un juego. ¡Sois bien insensato!
- GUAL. ¡Repito que me prometisteis que vería a Margarita!
- BUR. ¿Y acaso necesitáis de mí para algo? ¿No tenéis el paso franco por la puerta secreta, o bien teméis que, como la noche pasada, Margarita la pase fuera del Louvre?
- GUAL. ¿Quién te lo ha dicho?
- BUR. El mismo que pasó la noche a su lado.
- GUAL. Estás blasfemando. Estás loco, Buridán.
- BUR. Calma, amigo mío; repórtate, y deja tranquila la empuñadura de tu espada. En verdad es Margarita una hermosa y apasionada mujer, y merece lo que sientes por ella; pero oye: ¿qué te dijo al preguntarle la causa de la cicatriz que tiene en el rostro?
- GUAL. ¡Dios mío! ¡Dios mío!... Tenedme de vuestra mano.
- BUR. Sin duda te escribió alguna vez.
- GUAL. Y a vos, ¿qué os importa?
- BUR. ¿Es que su mágico estilo sabe pintar ardentemente la pasión, ¿no es cierto?
- GUAL. Jamás tus condenados ojos vieron la letra de la reina.
- BUR. (Abriendo la caja, saca una carta.) ¡La reconocéis?... Lee... aquí firma «tu amada Margarita».
- GUAL. ¿Qué veo? ¡Oh infierno!
- BUR. ¿No es cierto que cuando, junto a ella, habla de amor, son dulces y arrebatadoras sus palabras? ¿que estremece de placer al acariciar sus sedosos cabellos, que ella voluptuosamente deja rozar por vuestra mejilla,

- lla, y cuyo suave contacto enajena? (Le enseña una pequeña trenza de cabello.)
- GUAL. ¡Sí, ésta es su letra, éste el color de su cabello. Dime que le has robado esta carta, que fuiste tú quien le cortaste el cabello contra su voluntad!
- BUR. Puedes preguntárselo a ella misma; te prometí que la verías.
- GUAL. ¡Al instante! ¡al instante!
- BUR. Quizá no esté aún en el punto de la cita.
- GUAL. ¡Una cita!... ¿A quién se la dió? Dime su nombre. ¡Ardo en deseos de beber su sangre!
- BUR. ¡Ingrato!... cuando él mismo te cede su puesto.
- GUAL. ¿A mí?
- BUR. A ti, sí; sea por hastío hacia ella, sea por compasión hacia ti, no quiero ya nada con esa mujer; te la cedo, te la doy.
- GUAL. ¡Ah! insolente! (Amenazándole con la daga.)
- BUR. Reportaos.
- GUAL. ¡Dios mío!... ¡Apiadaos de mí!
- BUR. A las ocho y media te aguarda; ¿harás que sea en vano?
- GUAL. ¿Dónde?
- BUR. En la torre de Nestle.
- GUAL. Está bien. (Haciendo ademán de salir.)
- BUR. Olvidas la llave.
- GUAL. Dame.
- BUR. Oye una palabra.
- GUAL. Di.
- BUR. Ella fué la que mató a tu hermano.
- GUAL. ¡Condenación!... (Vase.)

#### ESCENA IV

BURIDAN solo

- BUR. Sí, reúnete con ella y perdeos los dos. Si Savoisy es tan puntual como ellos, no dejará de extrañarle la clase de prisioneros. Ahora sólo me falta averiguar el paradero de aquellos dos desgraciados niños.

¡Oh! ¡Si tuviera la suerte de hallarlos, para compartir con ellos mi poder y mi fortuna!... Landry puede orientarme; yo le haré hablar sin que se aperciba. Ya está aquí.

ESCENA V

BURIDAN y LANDRY

- LAND. ¿Tenéis alguna otra cosa que mandarme, capitán?
- BUR. No, nada... Oye, dime: ¿cuánto tiempo tardará este joven hidalgo en llegar desde aquí a la torre de Nestle?
- LAND. Como no hallará barca, le será preciso subir hasta el puente de los molinos; por lo menos, una media hora.
- BUR. Está bien; pon sobre la mesa este reloj de arena, y hablemos un poco de los tiempos pasados, mientras apuramos una botella. Aquellos tiempos en que nos conocimos, cuando la campaña de Italia. Acércate y bebe.
- LAND. ¡Qué tiempos aquéllos, y qué malditas guerras! Se pasaba el día en el campo de batalla peleando, y las noches en una continua orgía. ¿O; acordáis de aquella magnífica bodega del prior de Genes? Dimos fin de ella hasta la última gota. Se pasaba bien el tiempo, pero cometíamos graves pecados.
- BUR. A nuestra muerte se pondrán en una lanza nuestras malas acciones, y en otra las buenas; porque supongo que algo habrás hecho bueno en este mundo.
- LAND. Sí, alguna obra meritoria podré poner en el platillo, y espero con ellas...
- BUR. Cuéntame alguna, a ver (Beben.), para que pueda juzgar.
- LAND. En el proceso de los Templarios, que tuvo lugar a principios de este año, faltaba un testigo para que triunfara la causa de Dios

y sentenciasen al gran maestre Jacques de Molay. Un santo benedictino me echó el ojo; él mismo me dictó el falso testimonio, y yo lo repetí, palabra por palabra, como si todo lo que decía fuese verdad. Al otro día, los herejes fueron quemados, para mayor gloria de Dios y de nuestra santa religión.

- BUR. Sigue, valiente Landry... Me contaron cierta historia de unos niños... (Beben.)
- LAND. Sí; fué en Alemania. ¡Pobres angelitos! A estas horas, a buen seguro que están allá arriba rezándole a Dios por mí. Figuraos, capitán, que íbamos persiguiendo a unos gitanos, gente toda herejes y paganos; abandonaron una aldea dejándola pasto de las llamas. Entramos en ella, y en una casa medio incendiada hallé un niño gitano abandonado. Miro a mi alrededor, no veo a nadie, y descubro en un recodo una vasija con agua. Le bautizo en un santiamén y hétele cristiano. Iba ya a dejarle en sitio seguro donde no pudiera alcanzarle el fuego, cuando reflexioné que al día siguiente podrían llegar sus padres, y se iría al diablo todo el bautismo. Entonces le dejé en su propia cuna, salí cerrando la casa, y al poco rato era todo pasto de las llamas.
- BUR. ¿Y el niño murió abrasado?
- LAND. Naturalmente; pero el chasco debió ser el que se llevó el diablo, cuando, creyendo hallar un alma infiel, debió quemarse los dedos al hallarla cristiana.
- BUR. Sí, ya veo que has tenido siempre una religión muy bien entendida. Pero yo quería hablarte de otros niños... de unos niños que Orsini...
- LAND. ¡Ah!... Sí; ya sé de lo que queréis hablar, ya recuerdo.
- BUR. ¡Ah!
- LAND. Eran dos tiernas criaturitas que me entregó Orsini para que las arrojase al río, pero

me dieron lástima, y como me aseguré que las había ya bautizado, quise conservarles la vida.

- BUR. ¿Qué hiciste de ellos?  
LAND. Los dejé depositados junto a la puerta de Nuestra Señora.  
BUR. ¿Y nada supiste luego?...  
LAND. Sólo me consta que alguien debió recogerlos, pues por la noche no estaban en aquel sitio.  
BUR. ¿Y no dejaste señal alguna para que pudieran algún día ser reconocidos?  
LAND. Sí que se la dejé, y por cierto que bien lloraron los pobrecitos; pero era por su bien... Con mi puñal les marqué a los dos una cruz en el brazo izquierdo.  
BUR. ¿Una cruz! ¿Una cruz en el brazo izquierdo?... No, no puede ser; ¡dime que no era una cruz lo que les marcaste, sino otra cosa distinta!  
LAND. Digo que fué una cruz y no otra cosa, que fué en el brazo izquierdo y no en otro alguno.  
BUR. ¡Oh! ¡Desgraciado!... ¡¡Desgraciado de mí!!  
¡Hijos míos!... ¡Felipe!... ¡Gualtero!...  
¡Muerto el uno, y cerca el otro de la muerte! ¡Los dos asesinados!... ¡Por ella uno, y por mí mismo el otro! ¡Justicia de Dios! ¡Landry! ¿Dónde hallaríamos una barca, a fin de llegar a la torre de Nestle antes que este joven que viste alejarse de aquí?  
LAND. En casa de Simón el pescador.  
BUR. Vamos en busca de una escala, toma también una espada y sígueme.  
LAND. ¿A dónde, capitán?  
BUR. ¡A la torre de Nestle, desgraciado!

TELÓN

FIN DEL ACTO SÉPTIMO



## ACTO OCTAVO

La misma decoración del acto segundo.

### ESCENA PRIMERA

MARGARITA y ORSINI

- MARG. Te comprendo, Orsini, pero este nuevo crimen, que será el último, le es preciso a nuestra tranquilidad. Este hombre posee todos nuestros secretos, y están nuestras vidas en sus manos. Si yo no hubiera satisfecho sus ambiciones ya nos habría perdido a estas horas.  
ORSI. ¡Acaso el diablo le ha instruido!...  
MARG. Lo cierto es que me ha humillado, me ha escarnecido, y he tenido que acceder a todo, pues podría perderme cuando se le antojase. Sin embargo, ha cometido la imprudencia de pedirme una cita para esta noche, aquí mismo. Ya ves, pues, que él mismo se nos entrega, y algo puede servir en descargo de nuestra conciencia. Ha sido él mismo quien se tejió el lazo.  
ORSI. Es verdad, pero hora es ya de que terminen tantos horrores, tanta sangre derramada, y podamos vivir tranquilos lo que nos resta de vida.  
MARG. Pero nuestra tranquilidad no es posible mientras este hombre no deje de existir. Mientras él viva, ni yo seré reina, ni seré dueña de mi vida y mis riquezas. Con la muerte de este hombre darán fin las sangrientas orgías de la torre de Nestle, y de

jará el Sena de arrojar más cadáveres a la orilla. Yo recompensaré tus servicios con el oro que quieras, y serás libre de seguir en Francia o trasladarte a la bella Italia. Haré arrasar la torre. Erigiré en su sitio un convento, y dotaré a una comunidad de religiosos para que constantemente le pidan a Dios el perdón de nuestros crímenes. Pero para todo eso es necesario que muera este hombre.

ORSI. ¿Habéis dicho que posee todos nuestros secretos?... ¿Por dónde debe penetrar en la torre?

MARG. Por esta escalera.

ORSI. ¿Y vendrá solo?

MARG. Te lo juro.

ORSI. Voy a apostar mi gente. Callad, oigo ruido de remos en el río. (Va a la ventana.) Sí, se acerca una barca conduciendo dos hombres.

MARG. No hay duda, es uno de los dos. No hay tiempo que perder. Ve y cierra por dentro, que no pueda llegar hasta mí. No quiero, no quiero verle. Tal vez posee todavía algún secreto cuya revelación le salvaría nuevamente la vida. Vé, y enciérrame. (Orsini vase por la derecha y cierra la puerta.)

## ESCENA II

MARGARITA

MARG. ¡Ah! ¡Gualtero!... mi dulce bien querido... y este hombre pretendía separarnos. Le di cuanto oro apetecía, le colmé de honores, pero ha pretendido arrebatarme mi supremo bien, el amor de Gualtero, y esto le cuesta la vida. ¡Ah Buridán! ¡Ah Leoncio de Bournonville! ¡Vuelve al infierno, de donde saliste sin duda para ser mi eterna condenación! (Va a la puerta.) ¿Nada se oye aún?... ¿Tendrá medio de salvarse también esta vez?...

## ESCENA III

Dicha y BURIDAN en la ventana.

BUR. (Como si hablara con alguien de fuera.) Sí, ya he llegado.

MARG. ¿Qué? ¿Un hombre en la ventana?...

BUR. ¡Margarita!...

MARG. ¡Buridán!... ¡maldición!

BUR. ¡Sola... sola aún... gracias, Dios mío!

MARG. ¡Oh! ¡Orsini! ¡Orsini!...

BUR. No, no grites, no llates; nada temas, pero óyeme siquiera dos palabras.

MARG. ¿Con qué intenciones penetras por la ventana?

BUR. Te lo diré, pero ante todo es preciso que te hable; los momentos son preciosos. Cada minuto que perdemos es un tesoro que arrojamos al vacío. Oyeme.

MARG. ¿Vienes para amenazarme de nuevo, a imponer otras condiciones aún?

BUR. No, no, nada debes temer de mí. Toma, aquí tienes mi espada, te la entrego; aquí tienes también mi puñal; toma ese paquete de cartas: son todas mis pruebas. Puedes matarme, estoy indefenso. Quema las cartas, y puedes dormir tranquila sobre mi tumba. No vengo en son de amenaza. Vengo a decirte... ¡oh, si tú supieras lo que vengo a decirte! Es lo que aun puede darnos la dicha y ventura, a nosotros, que debiéramos estar malditos por nuestros crímenes.

MARG. Habla, no comprendo.

BUR. Margarita, nada queda en tu corazón. ¿No hay en él ningún sentimiento de mujer y de madre?

MARG. ¿A qué tal pregunta? Habla.

BUR. Aquella joven que yo conocí, ¿han llegado en ella a ser insensibles en su ánimo los sentimientos sagrados para Dios y para los hombres?

MARG. ¿Y eres tú quien así me habla? ¿Tú de sentimientos sagrados?... ¡Satán trocado en predicador!

BUR. Poco me importa el nombre que quieras darme mientras escuches cuanto voy a decirte. ¿No tuviste jamás un instante de arrepentimiento?... Háblame como si ante Dios hablaras, porque, como él, puedo yo en este momento concederte la felicidad o arrojarte a la desesperación. Olvida cuanto ha pasado entre los dos. Acuérdate sólo de lo que me quisiste en otro tiempo, y dime si no sientes el deseo de confiar a alguien cuanto desde entonces has sufrido...

MARG. Sí, pues son de tal naturaleza mis sufrimientos, que ni aun al mismo confesor me atreví a revelarlos jamás. Sólo a ti, mi cómplice, podría dar a conocer mis secretos. Sí, Buridán, o Leoncio, todos mis crímenes provienen de mi primera falta. Si la hija no hubiera faltado a sus deberes no habría cometido su primer crimen, cuyo solo recuerdo me horroriza. A fin de apartar toda sospecha que sobre mí pudiera recaer, tuve luego que abandonar a mis hijos. Sólo vertiendo a torrentes la sangre he pretendido acallar la voz de mi conciencia, que incesantemente me gritaba: ¡Parricida! Desde entonces mis eternas luchas, mis noches de terribles insomnios, espectros ensangrentados que en mis sueños me amenazan. Este ha sido el fruto de mi primera falta, de tu amor.

BUR. ¿Y si hubieras visto ante ti a tus hijos?

MARG. ¡Oh! Si me hubiera oído llamar alguna vez madre mía, ¿cómo hubiera sido posible que acariciara tantos proyectos de sangre y de venganza? Sin duda ellos me habrían restituido a la virtud. ¡Pero yo no pude conservarles a mi lado!... ¡Hijos míos! ¡Ni mis labios se atrevían a pronunciar tan dulce nombre!

BUR. ¡Desgraciados!... Tan cerca que los has tenido, y una secreta voz no te dijo: «Margarita, aquí tienes a tus hijos».

MARG. ¿Cerca de mí?

BUR. Uno de ellos, ¡desventurado!, le has visto a tus pies, mientras pedía gracia al puñal de sus asesinos. Tú presenciaste su agonia; oíste sus voces de dolor, y, en vez de reconocer al hijo de tu corazón, dijiste: «¡Herid! ¡Matadle!»

MARG. ¿Yo... yo? ¿Dónde?

BUR. En este mismo sitio.

MARG. ¿Cuándo?

BUR. Hace dos días.

MARG. ¡Felipe d'Aulnay! ¡Santo Dios!

BUR. Este era uno: ¿adivinas ahora quién es el otro?

MARG. ¡Gualtero!...

BUR. ¡El amante de su propia madre!

MARG. ¡Oh, no, no, te lo juro! Puedo llamarle hijo mío, y puede él apellidarme madre. Dios, tal vez, ha encendido en mi corazón hacia él esta pureza de cariño con que siempre le amé. ¡Oh, gracias, gracias, Dios mío!

BUR. ¿Es eso verdad?

MARG. Te lo juro por la salvación de mi alma.

BUR. ¿Y ahora, Margarita, me perdonas? ¿Ves en mí todavía un enemigo?

MARG. ¡Oh, no, no! sólo veo al padre de mi hijo. Así podemos aún ser dichosos. Ya se extinguieron en nosotros nuestros deseos de ambición. Se acabaron nuestras luchas. Nuestro hijo será el lazo que nos una desde hoy, y nuestros secretos quedarán guardados entre los tres.

MARG. ¡Oh, sí, sí!...

BUR. ¿Crees que puede haber aún felicidad para ti en esta vida?

MARG. Sí, lo creo; la alcancé cuando menos lo esperaba.

BUR. Sólo una cosa nos falta.

MARG. Ver a nuestro hijo entre nosotros.

BUR. Poco tardará.  
 MARG. ¿Cómo?  
 BUR. Le entregué la llave que tú misma me diste para penetrar en la torre.  
 MARG. ¡Maldición!... como creí que serías tú quien por allí penetrara, dejé apostada... gente para que acabaran contigo.  
 BUR. ¡Ah! ¡Si conocía yo tus propósitos, Margarita! (Oyese un grito.)  
 MARG. ¡Su voz!... ¡es él!... ¡y le matan!  
 BUR. ¡Corramos! (Dirigiéndose a la puerta.)  
 MARG. ¿Quién hizo cerrar esta puerta? ¡Oh! ¡Yo misma!... ¡Orsini... Orsini... no le hieras! ¡Desgraciado!...  
 BUR. ¡Puerta del infierno! ¡Ah hijo! ¡Hijo mío!  
 MARG. (Gritando.) ¡Gualtero!  
 GUAL. (Dentro.) ¡Socorro!  
 BUR. ¡Orsini! ¡Orsini de los diablos!

#### ESCENA IV

Dichos; ábrese la puerta y entra GUALTERO herido y tambaleándose, viniendo a caer en proscenio.

MARG. y BUR. ¡Ah!...  
 GUAL. ¡Margarita!... ¡Margarita! ¡Aquí tienes la llave de la torre!  
 MARG. ¡Desgraciado!... ¡desgraciado! Soy tu madre...  
 GUAL. ¿Mi madre?... pues bien, madre: ¡maldita seas!  
 BUR. (Examinándole el brazo.) ¡Aquí tiene la señal! ¡Era él!... Un asesino te salvó la vida, y a manos de otro asesino mueres.  
 MARG. ¡Oh! ¡Favor, favor!...

#### ESCENA V

Dichos; SAVOISY, ORSINI y guardias.

ORSINI Ved, monseñor: aquí están los verdaderos asesinos; son ellos, no nosotros.

SAV. Quedáis mis prisioneros.  
 MARG. ¿Prisioneros nosotros? (A Buridán.) ¿A mí, a la reina?  
 BUR. ¿Y yo, su primer ministro?  
 SAV. En este momento no hay aquí reina ni primer ministro. Sólo un cadáver y dos asesinos. En la orden firmada por el rey se me previene que esta noche arreste a cuantos halle reunidos en la torre de Nestle, sean quienes quieran sus personas. Debo, pues, cumplir la orden del rey.

#### TELÓN

FIN DEL DRAMA

**BIBLIOTECA**  
**TEATRO MUNDIAL**

Dirección: San Pablo, 21. — BARCELONA

**OBRAS PUBLICADAS**

1. La princesa del dollar
2. La ola gigante
3. El señor Conde de Luxemburgo
4. Captura de Raiffes o el triunfo de Sherlock Holmes
5. El Sol de la Humanidad
6. Zaza
7. Mujeres vienesas
8. Hamlet
9. Giordano Bruno
10. El nido ajeno
11. El rey
12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
13. Los Miserables
14. La ladrona de niños
15. Los dioses de la mentira
16. Cristo contra Mahoma
17. Juventud de príncipe
18. Juan José
19. La sociedad ideal
20. La cizaña
21. Entre ruinas
22. La vida es sueño
23. Sabotage  
Pasa la ronda
24. Magda
25. El papá del Regimiento
26. El Alcalde de Zalamea
27. Los dos pilletes
28. D. Juan de Serrallonga
29. El rey Lear
30. Espectros
31. Las Cigarras Hormigas
32. El registro de la policía
33. El vergonzoso en palacio
34. La fuerza de la conciencia
35. Aurora
36. Eva
37. El bufón
38. El cuchillo de plata
39. Nick Carter
40. La cena de los cardenas ¡Justicia humana! les
41. El señor feudal
42. El veranillo de S. Martín
43. El desdén con el desdén
44. Cuento inmoral  
Amor de amar
45. La dama de las camelias
46. La domadora de leones
47. Los dos sargentos franceses
48. El Místico
49. García del Castañar
50. La fierecilla domada
51. El honor
52. El sí de las niñas
53. María Antonieta
54. La viuda alegre
55. El conde de Montecristo
56. Otelo
57. El barbero de Sevilla
58. Daniel
59. Pecado de juventud
60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes
61. La muerte civil
62. La apuesta de Don Juan Tenorio
63. Sor Teresa o El claustro y el mundo
64. La niña boba
65. El pan de piedra
66. Romeo y Julieta
67. Los Reyes ante la Inquisición
68. Felipe Derblay
69. Los malos pastores
70. Huyendo del nido
71. Nuestra Señora de París
72. Ana Karenine
73. Margarita de Borgoña

**EMILIO ZOLA**  
**O EL PODER DEL GENIO**

